

La tiranía de los mercados	Título
Ruiz Moreno, Sylvia - Autor/a;	Autor(es)
La Globalización Económico Financiera. Su impacto en América Latina	En:
Buenos Aires	Lugar
CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales	Editorial/Editor
2002	Fecha
	Colección
Economía; Globalización; mercados; América Latina ;	Temas
Capítulo de Libro	Tipo de documento
<a href="http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/clacso/gt/20101004011727/26.pdf">http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/clacso/gt/20101004011727/26.pdf</a>	URL
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.0 Genérica <a href="http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es">http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es</a>	Licencia

**Seguí buscando en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO**  
<http://biblioteca.clacso.edu.ar>

**Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)**  
**Conselho Latino-americano de Ciências Sociais (CLACSO)**  
**Latin American Council of Social Sciences (CLACSO)**  
[www.clacso.edu.ar](http://www.clacso.edu.ar)



Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales  
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais  
Latin American Council of Social Sciences



---

## *La tiranía de los mercados*

Sylvia Ruiz Moreno\*

### Introducción

**Y** o quisiera ocuparme de algunas consideraciones con respecto al problema de nuestro endeudamiento externo, diciendo que el tema de la deuda externa es un buen punto de partida para hacer una evaluación en perspectiva del modelo económico que la Argentina adoptó a principio de los años '90. El tema de la deuda, los vínculos con el modelo y sus impactos a futuro, son cuestiones que deben ser ineludiblemente estudiadas a la hora de seleccionar las mejores políticas para tratar el tema de la deuda, para no caer en voluntarismos y para tratar de encontrar la raíz profunda, el núcleo duro de esta difícil situación a la cual hemos sido llevados.

Lo que sigue es un ensayo de reflexión sobre las particularidades discursivas que envisten de legitimidad las relaciones internacionales de hegemonía en el momento actual y desde la perspectiva de América Latina –como nuestro objeto de análisis y como lugar desde donde hilvanamos estas ideas.

En ese sentido, proponemos una lectura de los fenómenos asociados a la “globalización” y la post-Guerra Fría, y de lo que esto significa para América Latina, desde un marco teórico gramsciano, según se evidencia ya en estas primeras palabras, que nos permita asentar nuestra hipótesis sobre la “naturalización” del carácter decisivo del mercado en todos los actos de nuestra vida.

---

\* Licenciada en Ciencia Política de la Universidad de Buenos Aires (UBA).

Es decir, que el discurso hegemónico legitima la imposición de todo tipo de medidas políticas, sociales, laborales, etc., proponiendo una lógica que encubre la existencia de relaciones de dominación, que son políticas, y no fatalmente naturales –como las leyes físicas o biológicas. Ese encubrimiento implica la imposibilidad de proponer modelos alternativos de vida –de relaciones sociales, de desarrollo económico, de acción política, de expresión cultural, etc.– en nuestras sociedades. Por eso decimos que se plantea como una tiranía global: “la tiranía del mercado”.

Para analizar las implicancias de este fenómeno tomamos como punto de partida la recuperación de una hipótesis de trabajo sobre la definición del *discurso político hegemónico* en la América Latina del fin de siglo, y la complementariedad del pensamiento “neoliberal” y el “deconstructivista”, concentrándonos en la tópica del “poder omnipresente del mercado” que localizamos como una de las subyacentes a este discurso.

Entonces, en la primera parte de este trabajo, proponemos algunas ideas sobre cómo se construye el *discurso político hegemónico*<sup>1</sup>, en relación al ámbito de anclaje de esta tópica, que es el sistema –económico– internacional, desde la perspectiva local (argentina y latinoamericana en general). Una vez establecido el *discurso político hegemónico*, en la segunda parte podemos dirigirnos a su interior para analizar nuestra hipótesis sobre la articulación de las teorías “neoliberales” y “deconstructivistas”. La crítica a estas propuestas de interpretación teórica nos permitirá por una parte establecer nuestras propias definiciones que articulan la noción de *discurso político hegemónico*, con la que habíamos trabajado en la primera sección; y por otra parte, nos permite indicar el vínculo que establecemos entre los debates teóricos y las transformaciones sociales. Finalmente, se esbozan algunas reflexiones sobre las posibilidades de salir de esa cosmovisión que no ofrece alternativas ante un escenario que resulta apocalíptico, tanto por sus consecuencias trágicas como por su devenir aparentemente anodino.

## Perplejidades del fin de la Guerra Fría en América Latina

Para hablar de la dimensión internacional del *discurso político hegemónico*, debemos primero dirigirnos hacia la caracterización de las relaciones de hegemonía a nivel internacional, como parte del bloque histórico que se legitima a través del *discurso político hegemónico*<sup>2</sup>. Aunque no podemos desarrollar en este trabajo sencillo las características generales que asume el bloque histórico en América Latina, creemos en la necesidad de señalar en particular algunos aspectos de la construcción hegemónica internacional en el contexto de la Guerra Fría y su resignificación a partir del fin de la bipolaridad Este-Oeste.

Coloquemos como fecha inicial 1945: el fin de la Segunda Guerra Mundial marca el comienzo de una nueva era para el orden internacional, que tiene conse-

cuencias cruciales para América Latina, porque señala el comienzo de la hegemonía norteamericana, a nivel internacional –la *Pax Americana*, en términos de Eric Hobsbawm– que incide en especial sobre el resto del continente, que constituye su área de influencia desde fines del siglo XIX.

Antes de la Guerra Fría ya existía una capacidad de presión y legitimación desde lo económico, en nombre del progreso, como lo muestran los debates de las conferencias panamericanas y las intervenciones militares en Centroamérica, pero esta incidencia era muy desarticulada, sobre todo por la fuerte presencia de Europa que ejercía un contrapeso, aunque esto varía según los países. Es difícil hablar de América Latina como conjunto homogéneo –sin duda no lo es– pero sí hay un mínimo denominador común, que es el de estar del lado de los “periféricos” frente a los “hegemónicos”.

Durante los “años dorados” del Estado de Bienestar y las ideologías contundentes, se desarrolló bajo la égida norteamericana la construcción hegemónica en torno del alineamiento al bloque occidental –el poderoso “Leviatán” liberal– contra el “Behemoth Comunista”. El juego de los fantasmas retóricos y argumentativos sobre lo que puede suceder si las ideas diferentes se convierten en realidad, si la *praxis* sucede a la especulación teórica, si la ciencia se mueve más allá de los estrechos límites del paradigma hegemónico, ocultaba la impresionante transferencia de riquezas que del centro a la periferia se fue verificando en las décadas que sucedieron a la Segunda Guerra Mundial.

No vamos a desarrollar aquí la interesante cuestión de cómo operaron estas relaciones norte-sur, con el respaldo del *discurso político hegemónico* del Occidente capitalista y democrático –aunque eso de democrático es más confuso. Pero si decimos Doctrina de la Seguridad Nacional tal vez resulte más claro de qué estamos hablando. Pensemos en el financiamiento y entrenamiento de las Fuerzas Armadas de América Latina para luchar contra ese “enemigo común” que, desde ese 1º de enero de 1959 –o un poco después para ser más exactos con la trayectoria de la Revolución Cubana y su acercamiento a la URSS– tenía puesto un pie en el continente, y para peor tan cerca de las costas norteamericanas.

Ya conocemos las consecuencias que aquella virtual partida de ajedrez entre bloques de potencias tuvo para los “peones”, y que hasta el día de hoy se manifiestan en las sociedades empobrecidas, represivas –más allá de la democracia formal–, políticamente apáticas, llenas de prejuicios ideológicos y hasta teóricos en el ámbito académico. Una herencia concreta de todo aquello, que estalló en forma de crisis económica esparcida por toda la región hacia 1982, es la deuda externa<sup>3</sup>.

Deuda que tiene un componente económico y de “mercado”, en vistas del encuentro entre el exceso de capitales procedentes del alza del petróleo en 1973 y 1978, y las condiciones favorables que ofrecían los países latinoamericanos por aquellos años. Pero también tiene un correlato político, que no sólo se relaciona

con la ilegitimidad de la mayoría de los gobiernos que contrajeron los créditos –como sostienen los partidarios del no pago de la deuda–, sino también –aunque no sea tan fácil de comprobar– en la consideración estratégica que se habría tenido en cuenta a la hora de extender los créditos, para evitar que la recesión internacional de los ‘70 provoque, en esos lugares políticamente movilizados y con economías desgastadas, la temida crisis social; y a la vez, acondicionar los mecanismos represivos para contener coactivamente lo que la ficticia reactivación financiera no puede paliar.

Luego de la Guerra Fría, cuando se despejó el último remezón de conflicto este-oeste de los ‘80 y desaparecieron los viejos fantasmas, el nuevo monstruo que se venía construyendo desde tiempo atrás hizo su aparición formal para legitimar los planes de ajuste del FMI, encubierto bajo el velo de la uniformidad posmoderna e, incluso, del planteo de “nuevos enemigos” como las culturas que se resisten a convivir con el resto “civilizado” del planeta (el “choque de culturas” de Huntington).

Las características de aquello que hay que conjurar son ahora más difusas y difíciles de aprehender: ya no es el “Behemoth” sino, simplemente, el “apocalipsis”; “el fin”, derivado no ya de la cólera divina sino de la Crisis Económica, así con mayúsculas, porque es la crisis terminal, el fin de las reglas sociales que pautan la convivencia en las sociedades capitalistas que, en una versión economicista –y por lo tanto reduccionista– del contractualismo dieciochesco, resultan ser las reglas del juego en el mercado, según las doctrinas liberales. Y luego, el caos absoluto, la supervivencia del más fuerte, la lucha de vida o muerte por los bienes escasos, pero ¿no es eso el mercado dejado a su albedrío, sin regulaciones estatales? Parece que no, que la Crisis sobreviene cuando no se cumplen las “metas” que hacen posible que se extiendan créditos que irán, en gran medida, a cubrir los intereses de la deuda, y cuando los capitales extranjeros deciden que no están dadas las condiciones para invertir, porque no se cumple con los pagos a los acreedores, porque no están hechas las “reformas estructurales en la economía”, porque los gobiernos no garantizan la rentabilidad de las inversiones<sup>4</sup>.

Así, por un pase mágico se logra la continuidad de las relaciones de hegemonía establecidas a mediados del siglo XX sobre la base de un nuevo discurso legitimante que, sin embargo, no es del todo novedoso, porque sus cimientos se instalan –como hemos visto– en el instante más álgido de la Guerra Fría, resignificando sus argumentos al haberse disipado los fantasmas ideológicos, es decir, al haber perdido su capacidad ordenadora del imaginario social, el juego de pares antagónicos-complementarios entre liberalismo y socialismo.

Las premisas del nuevo *discurso político hegemónico*, de la relación norteamericana, pueden sintetizarse en una expresión afirmativa –cada vez menos convincente y desdibujada ante la evidencia de los primeros resultados de la aplicación del modelo económico que ese discurso viene a legitimar: la reconversión de la economía para acceder al “Primer Mundo”, o para insertarse en el “nuevo orden

mundial”. La expresión negativa, que cada vez se transforma en la parte más fuerte de la argumentación, acorde con el diagnóstico de apatía política y carencia de proyectos y utopías: el temor al “rugir de los mercados”, que puede ocasionar el “caos económico”.

Ambas se basan en premisas liberales clásicas: la objetividad del mercado y la aceptación de las reglas del libre mercado como vía al progreso, aunque en este caso ni siquiera con ese objetivo positivo sino con uno más limitado y negativo: evitar el caos económico.

También implican la desarticulación de los sujetos sociales que habían sido centrales hasta el fin de la Guerra Fría: en términos prácticos, como resultado de los programas de “ajuste” neoliberales, que incluyeron desmontar el aparato del Estado de Bienestar y, en el discurso, con la colaboración de las versiones sobre la posmodernidad, neoliberales y deconstructivistas, montadas en el dato de la realidad de la caída del Muro de Berlín y de la Unión Soviética. Aquí nos vamos a detener para ver cómo funciona la coexistencia de aquellas corrientes teóricas en la fundamentación filosófica del *discurso político hegemónico*, en la tópica del “mercado”.

### **El discurso político hegemónico entre la racionalidad neoclásica y el postmarxismo deconstructivista**

Hay que prestar muy seria atención a la forma en que aparece el miedo a la reacción de “los mercados”. La cuestión no es enteramente nueva: el derrumbe económico-social (estructural) es una de las hipótesis del socialismo, analizada científicamente por Marx, desde mediados del siglo XIX. Pero ese derrumbe tenía un componente liberador, progresista: cuando las fuerzas productivas lleguen a su máxima expansión en el marco de determinadas relaciones sociales de producción, romperán esas relaciones limitantes y del conflicto surgirá un nuevo modo de producción. Según esta perspectiva, la historia universal es la historia del progreso del hombre y la marcha hacia la emancipación humana. Así, el fin del capitalismo será una experiencia liberadora<sup>5</sup>.

A partir de la crisis del ‘30 el derrumbe económico aparece como una realidad vivida y recordada con una angustia semejante al recuerdo de la Primera Guerra Mundial, que en esos momentos era muy reciente en Europa. Para los países industrializados la experiencia de una crisis económica y social profunda y prolongada durante varios años resultaría tan traumática que se recordaría –y así lo siguen recordando las generaciones sucesivas que estudian en los colegios y las universidades o toman contacto con ello a través de los documentales televisivos–, como “La Gran Depresión”. El hecho de que la expresión aluda a un término propio de la jerga económica, no alcanza para disuadirnos de su connotación psicológica y su carga emotiva.

En América Latina, donde los '30 transcurrieron dificultosamente, pero con menores sobresaltos que en el norte, la Crisis de la Deuda de los '80 fue generando, en distintos momentos de la década, experiencias de hiperinflación y sensación de derrumbe económico. En la Argentina, el recuerdo de la crisis económica de la Dictadura –que fue amortiguada a nivel de la sociedad civil por el estado que la absorbió– quedó eclipsada por el episodio más reciente de la hiperinflación de 1989. Sobre la base de ese recuerdo se montó la reforma estructural de la economía argentina durante los gobiernos de Carlos Menem. Al momento de escribirse este trabajo, cuando la era menemista ha quedado atrás, podemos notar que ese temor al caos económico pervive en la ciudadanía y continúa legitimando las políticas de “ajuste”.

La constatación de este mismo fenómeno en otros países de la región, donde cambian los gobiernos pero la política económica y su sustento teórico permanecen inamovibles, nos conduce a pensar más allá de la coyuntura específica y variada de Latinoamérica, en lo que aquí proponemos como una posible explicación, que es la transformación de las premisas ordenadoras y legitimadoras de un sistema internacional hegemónico, una vez que se perdió el sustento de las ideas de la Guerra Fría.

La hipótesis consiste en afirmar que esas nuevas premisas tienen un aspecto “deconstructivo”: la desarticulación de los principios teóricos propios de la Modernidad –como las nociones de progreso e historicidad sustentadas por el marxismo en sus diversas vertientes–, y un aspecto “afirmativo”, simbolizado en las teorías neoclásicas, sobre la omnipresencia del mercado. Para desarrollar esta idea debemos remontarnos a un momento relativamente reciente de los debates teóricos acerca de la política y la sociedad contemporáneas.

Durante los años '80 un grupo de intelectuales que se identificaban con la tradición socialista iniciaron una polémica acerca de la actualidad del marxismo para explicar los fenómenos relacionados con la crisis del Estado de Bienestar. En *Hegemonía y Estrategia Socialista* (1987), Ernesto Laclau y Chantal Mouffe afirmaban que las teorías que habían sido predominantes en la modernidad –en especial las de Marx y sus seguidores– habían quedado perimidas, postulaban la imposibilidad de la sociedad y los análisis que la abordaban como un todo, y declaraban que las categorías propuestas por Marx, Gramsci y demás pensadores del socialismo debían ser entendidas como contingentes y sujetas a la especificidad de su contexto histórico. La manera de acceder a estos fenómenos tan difíciles de asir es la teoría del discurso, entendida en términos de configuración significativa.

Las críticas abundaron en el ámbito de la intelectualidad de izquierda, azorada por la abrupta desautorización del autor de *El Capital* y el anuncio de la llegada del “posmarxismo” como propuesta teórica, pero también política, reivindicativa del radicalismo democrático como meta del socialismo. Las réplicas se centraron precisamente en la vigencia de las nociones marxistas, así como en la pertinencia del análisis del discurso –que fue blanco de algunas ironías<sup>6</sup>.

Los autores definen *discurso* como un conjunto sistemático de relaciones por el que adquieren significatividad los objetos. En ese sentido, podemos decir que todo lo que hasta aquí se ha descrito como las transformaciones del sistema internacional y sus implicancias para América Latina desde los inicios de la segunda posguerra puede ser entendido como nuestra articulación de un “discurso” que pretende dar “significatividad” a una serie de acontecimientos que de otro modo no tendrían sentido, o podrían explicarse en otro sentido, y que a la vez se contraponen a esas otras configuraciones de sentido –otros discursos– que proponen una lectura diferente de los mismos sucesos.

La consecuencia de esto es que los sujetos se construyen sólo a partir de ese sistema de significación propio de determinado momento histórico y, por ende, ni ellos ni sus objetivos están predeterminados. Lo social entonces aparece como contingente. Por lo tanto, la manera de acceder teóricamente a los fenómenos sociales es la “deconstrucción” para mostrarlos en su contingencia y afirmar la imposibilidad de reconstruirlos. Esto es, la imposibilidad de un “discurso de cierre” de lo social. No es posible realizar un modelo totalizante, de conjunto, de sociedad. Por eso no es posible realizar ningún proyecto de la Modernidad, incluido el marxista. Porque tienen esa pretensión de completitud y objetividad.

No nos concentraremos aquí en la crítica teórica a tales afirmaciones. En cambio, nuestro interés se instala en la lectura política, es decir, de las consecuencias políticas de este tipo de argumentos que pretenden no sólo tener repercusión a nivel académico, sino también *aggiornar* la discusión en el campo del pensamiento de izquierda. La pregunta es, si los autores consideran que lo político implica “el vano intento de constituir la sociedad” a partir de un discurso de cierre, es decir, de un modelo de sociedad utópico que orienta las acciones –que significa la realidad y el sentido de las luchas políticas y sociales–, pero a su vez basan su propuesta en afirmar esa imposibilidad: ¿es suficiente para un proyecto político promover la pluralidad creciente? No es éste un debate que concierna sólo al socialismo sino a la política en general. Lo que planteamos es congruente con la crítica que Atilio Boron formulaba en los años ‘80 a la “democracia procedimental”, es decir, a sus colegas que sostenían la democratización como el afianzamiento de una serie de procedimientos electorales, y no como una creencia en cuestiones sustantivas<sup>7</sup>.

Mientras el deconstructivismo posmarxista se encarga de anunciar *el fin de los tiempos modernos*, un “nuevo pensamiento” se convierte en hegemónico. Un “nuevo pensamiento” que poco tiene de novedoso porque justamente toma como fundamento el marco teórico que hizo posible la hegemonía burguesa –contra las teorías teocráticas del absolutismo feudal– entre los siglos XVIII y XIX: el liberalismo. Pero que, por alguna razón no explicitada pero que armoniza perfectamente con el posmodernismo de aquellos, resurge despojado de las premisas filosóficas que sustentaron la acción política de la otrora clase revolucionaria –siguiendo la lectura marxista.



Si se trata de pensar los imaginarios que pueblan la inserción internacional de América Latina, deberemos remontarnos a los procesos de democratización en los años '80 –donde localizamos el inicio de una configuración del sistema internacional que lentamente iría desplazando a la lógica de la Guerra Fría y a la nefasta Doctrina de la Seguridad Nacional. Según algunos análisis políticos de entonces, la *oleada democratizadora* –parafraseando a Samuel Huntington, quien no podía estar ausente en la legitimación del nuevo orden– llegó teóricamente delimitada, desde la perspectiva de análisis discursivo podríamos decir, discursivamente perfilada a partir de la identificación entre democracia y “liberalismo democrático”, acotada al modelo schumpeteriano de democracia, como un juego de demandantes y oferentes que dirimen sus intereses de acuerdo a un conjunto de reglas, en una suerte de “mercado político” paralelo –y, por lo tanto, ajeno– a la dimensión económica de la sociedad<sup>8</sup>.

El discurso del “liberalismo democrático” se convertirá en una de las facetas del “discurso neoliberal”, tal como lo sugiere Atilio Boron (1995), quien analiza las incongruencias entre el discurso del “liberalismo democrático”, que él caracteriza como “concepción minimalista de democracia” y la tradición filosófica de la cual se consideran tributarios aquellos que defienden ese modelo político. La idea es que la democracia clásica surge como un modo de vida que invade toda la sociedad civil (históricamente asociado a la derrota del discurso teocrático por parte del Iluminismo). En cambio, la “concepción minimalista” reduce a la democracia a una cuestión de “método” –“sin substancia”.

Podemos extender a todos los aspectos del discurso neoliberal esta interpretación para encontrar un punto de contacto con el posmarxismo ya que, aunque aquél no abjura explícitamente de la Modernidad, también abandona sus presupuestos filosóficos para quedarse sólo con la regla de procedimientos. Filosóficamente, esto se sintetiza en la corriente del “pragmatismo”.

¿Cómo se construye el discurso neoliberal a partir de los restos procedimentales del liberalismo? Sobre la base de los principios clásicos de la economía liberal –el liberalismo se caracteriza por establecer compartimientos estancos entre las distintas esferas de la sociedad– pero aplicadas a la política, la cultura y toda clase de relaciones sociales. El reduccionismo economicista puede apreciarse en el uso de la jerga de la economía neoclásica: “mercado”, “competencia”, “equilibrio”, “oferta”, “demanda”, “productividad”, “utilidad”, “transferencia”, “consumo”, son expresiones que hoy día forman parte del léxico del ciudadano común para referirse a cualquier aspecto de la vida. Si el liberalismo clásico centraba su atención en el “individuo”, el neoliberalismo reduce ese sujeto a la figura del “consumidor” –enronizado por la teoría económica neoclásica.

Así, el discurso neoliberal establece sus redes significativas en torno al concepto de “mercado” o “mercados” –en plural–, para explicar los fenómenos políticos –el “mercado electoral”–, culturales –“industrias culturales”–, educativos –“oferta

y demanda de conocimiento”, “inserción laboral”, etc. Es interesante reparar en esta pluralización del término “mercado” que se opera en el discurso neoliberal.

Es que a diferencia del concepto marxista de “mercado”, la misma palabra pierde para el neoliberalismo su densidad significativa, su especificidad y su alto poder de abstracción, para transformarse en un concepto predominantemente descriptivo y tan elástico que puede designar las más diversas situaciones de intercambio. Entonces, esa misma elasticidad y aproximación a las circunstancias de la vida cotidiana contribuye a que la noción de mercado se “naturalice”, siendo considerada como un “dato objetivo” de la realidad sobre el cual no cabe ninguna definición ni discusión.

Entendemos el correlato internacional del discurso neoliberal como el *imaginario de la globalización*. La sucesión de transformaciones en el ámbito financiero –“los mercados financieros”–, el nuevo patrón tecnológico caracterizado por el “complejo electrónico” y sus repercusiones a nivel informativo y cultural, que tuvieron lugar en los últimos años del siglo XX, han sido decodificadas por el discurso neoliberal como un conjunto integrado de fenómenos “objetivos”, derivados de la economía y la tecnología que componen una cosmovisión, que es la cosmovisión hegemónica de este tiempo y que, como tal, presenta una *utopía* –a la que se dirige la sociedad que se oriente en términos de esa cosmovisión– y un *fantasma* –que el modelo tiende a conjurar.

En este caso, la utopía puede formularse como la tendencia hacia “la aldea global” –el mundo interconectado y la absoluta movilidad de factores de la producción–, y el fantasma es el caos económico absoluto –la bancarrota sin salida que para las naciones centrales significa la amenaza de perder esa centralidad y, para las periféricas, la amenaza de la “inviabilidad” como nación. Nos encontramos pues ante una utopía mediocre junto a un fantasma terrible para el que no hay escapatoria, porque la sanción está a cargo de “fuerzas objetivas” e inexorables: “los mercados” –en este caso, no cualquier mercado sino los “mercados financieros”, que hacen sentir su ira ante las políticas económicas y las manifestaciones sociales que “afectan sus intereses”, y con los cuales resulta imposible el diálogo y la negociación política. Por eso leemos esta construcción hegemónica como *la tiranía de los mercados*.

Una construcción que es posible en un mundo con ideologías desangeladas, o desalmadas –sin ángel, sin alma, es decir, carentes de presupuestos filosóficos sustantivos– como el neoliberalismo o el posmarxismo, que en este sentido resultan complementarios, para fortalecer el imaginario de la globalización como herramienta de legitimación para establecer la hegemonía de lo que denominamos como la tiranía de los mercados, que refuerza las relaciones de subordinación social e internacional del capitalismo.

## **Para derrocar al tirano**

El problema de estos discursos desangelados del neoliberalismo y el posmarxismo es que su capacidad de reproducción reside en la anulación del pensamiento, ya que logran enquistar en el sentido común<sup>10</sup> el mensaje de un eterno presente en el que la historia se convierte en un recorrido turístico a través de los museos y el futuro un horizonte de consumos crecientes. Algo así plantea la utopía de la *aldea global*.

Por su parte, el posmarxismo hace una contribución extra destruyendo la utopía en el discurso alternativo. Al refutar la creencia de que el derrumbe económico puede ser liberador, junto con el fin de la historia y el triunfo del humanismo, el caos económico se convierte en una figura angustiante, que se debe evitar a toda costa. Como consecuencia, se paralizan el pensamiento, las posibilidades de transformación, de progreso, de historia.

Todos los caminos conducen a la era de los ídolos caídos, el absoluto descreimiento. El triunfo de la irracionalidad no es un hecho para lamentar contemplativamente. Porque las consecuencias sociales de la desesperanza colectiva son tan terribles como la realidad palpable de nuestro tiempo: el incremento de la violencia sin sentido, el trabajo sin sentido –más que para cobrar un salario a fin de mes– y los que no hacen nada porque nada tiene sentido, la vida sin sentido.

Para vencer a una figura alienante hay que comenzar por desautorizarla. Desemascarar su figura omnipotente y abrumadora. Saltar por encima de su lógica, para poder pensar más allá, que es lo que permite salirse del esquema del discurso hegemónico. Reconstruir un pensamiento alternativo.

Es que, siguiendo el pensamiento gramsciano, hay otro sentido común, el sentido común de los subordinados, que señala una realidad completamente distinta a la propuesta por el discurso neoliberal. Una realidad que muestra a los “mercados” como construcciones sociales, que interactúan en un esquema de relaciones de fuerza, que son históricas y por lo tanto no son eternas e inmodificables.

La tarea de los intelectuales con aspiraciones transformadoras –por no decir revolucionarias, ya que yo también soy víctima del “sentido común” impuesto– debería ser la de desarticular el carácter inapelable de todo aquello que se identifica con el discurso político hegemónico de la economía neoclásica, desde los distintos enfoques de una misma realidad integral que implican la política, la sociedad, la economía, la cultura, la historia, etc.

Cuando Charles Chaplin, en medio de la Segunda Guerra Mundial, ridiculizó a Hitler y le habló al mundo de la paz, hizo una contribución fundamental: rompió con una lógica discursiva dominante...

## Bibliografía

- Boron, Atilio 1991[a] *La transición hacia la democracia en América Latina: problemas y perspectivas* (Buenos Aires) Ponencia presentada al XV Congreso de la Asociación Internacional de Ciencia Política, 21 al 25 de julio.
- Boron, Atilio 1991[b] “Tras el diluvio siempre sale el sol. La teoría política marxista entre las transformaciones del capitalismo y el derrumbe de los *socialismos realmente existentes*”, en *Estado, Capitalismo y Democracia en América Latina* (Buenos Aires: Ediciones Imago Mundi).
- Boron, Atilio 1995 “A sociedade civil depois do dilúvio neoliberal”, en *Pós-neoliberalismo. As Políticas Sociais e o Estado Democrático* (Río de Janeiro: Paz e Terra).
- Calello, H. y Lozano, C. 1988 “Nueva revolución, nueva democracia”, en *Cuadernos del Sur* (Buenos Aires) N° 27, octubre.
- Cox, Robert 1986 “Social Forces, State and World Orders: Beyond International Relations Theory”, en Keohane, Robert *Neorealism and its critics* (Nueva York: Columbia University Press).
- Gramsci, Antonio 1979 *Cuadernos de la cárcel* (México: Ediciones Era) Tomo 4.
- Hobsbawm, Eric 1979 “Introducción”, en Marx, C. *Formaciones Económicas Precapitalistas* (Barcelona: Crítica).
- Laclau, Ernesto y C. Mouffe 1987 *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una política democrática radical* (Madrid: Siglo XXI).
- Laclau, Ernesto, Richard Rorty et al. 1998 *Deconstrucción y pragmatismo* (Buenos Aires: Paidós).
- Nun, José 1991 *La democracia y la modernización, treinta años después* (Buenos Aires) Ponencia presentada al XV Congreso Mundial de Ciencia Política, 21 al 25 de julio.
- Ominami, C. 1987 *El tercer mundo en la crisis* (Buenos Aires: GEL).
- Smith, W. 1993 “Reestructuración neoliberal y escenarios políticos en América Latina”, en *Nueva Sociedad* (Caracas) N° 126, julio-agosto.

## **Notas**

1 Utilizamos esta expresión en el sentido en que se aplica en Calello y Lozano (1998).

2 Para una aplicación de la teoría gramsciana a los estudios de las relaciones internacionales, ver Cox (1986).

3 Acerca de las características de la Crisis de la Deuda en América Latina, ver Ominami (1987).

4 Para un estudio sobre las reformas estructurales en América Latina y su impacto político, ver Smith (1993).

5 Estas reflexiones se pueden encontrar en los escritos filosóficos de Marx. Para una síntesis de la caracterización marxista de la historia de la humanidad ver la introducción de Eric Hobsbawm a Marx (1979).

6 Ver la crítica hecha al posmarxismo en general por Boron (1991[b]).

7 La crítica a la democracia “procedimental” ha sido desarrollada en Boron (1991[a]).

8 Una crítica a esta concepción de democracia de los años ‘80 es planteada por Nun (1991). Tomamos la expresión “liberalismo democrático” de este trabajo.

9 Un trabajo que articula el posmarxismo con esta corriente del liberalismo filosófico es Laclau, Rorty et al (1998).

10 Se alude al concepto de “sentido común” desarrollado por Antonio Gramsci, que implica que todos los hombres son capaces de practicar la filosofía, aunque no sean intelectuales. Entonces, entendemos aquí al “sentido común” que forma parte de la cultura hegemónica, ese que constituye también en el “hombre activo de masas” una de sus “conciencias teóricas”, la “...superficialmente explícita o verbal que ha heredado del pasado y ha acogido sin crítica (que) ata a un grupo social determinado, influye en la conducta moral, en la orientación de la voluntad (que, en contradicción con su otra conciencia) de transformación de la realidad (puede provocar una reacción paralizante, que) no permite ninguna acción, ninguna decisión, ninguna elección y produce un estado de pasividad moral y política...” (Gramsci, 1979).

## Publicaciones de CLACSO

- **Ceceña y Sader**  
*La guerra infinita - Hegemonía y terror mundial*
- **Ivo**  
*Metamorfoses da questão democrática - Governabilidad e pobreza*
- **de la Garza Toledo y Neffa**  
*El futuro del trabajo - El trabajo del futuro*
- **de la Garza Toledo**  
*Los sindicatos frente a los procesos de transición política*
- **Barrig**  
*El mundo al revés: imágenes de la Mujer Indígena*
- **Torres**  
*Paulo Freire y la agenda de la educación latinoamericana en el siglo XXI*
- **Lanzaro**  
*Tipos de presidencialismo y coaliciones políticas en América Latina*
- **Mato**  
*Estudios latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización 2*
- **Mato**  
*Estudios latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización*
- **de Sierra**  
*Los rostros del Mercosur - El difícil camino de lo comercial a lo societal*
- **Seoane y Taddei**  
*Resistencias Mundiales - De Seattle a Porto Alegre*
- **Sader**  
*El ajuste estructural en América Latina - Costos sociales y alternativas*
- **Ziccardi**  
*Pobreza, desigualdad social y ciudadanía - Los límites de las políticas sociales en América Latina*
- **Midaglia**  
*Alternativas de protección a la infancia carenciada - La peculiar convivencia de lo público y privado en el Uruguay*
- **Giarraca**  
*¿Una nueva ruralidad en América Latina?*
- **Boron**  
*Tras el búho de Minerva - Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo*

- **Balardini**  
*La participación social y política de los jóvenes en el horizonte del nuevo siglo*
- **Várnagy**  
*Fortuna y Virtud en la República Democrática - Ensayos sobre Maquiavelo*
- **Gentili y Frigotto**  
*La Ciudadanía Negada - Políticas de exclusión en la educación y el trabajo*
- **de la Garza**  
*Reestructuración productiva, mercado de trabajo y sindicatos en América Latina*
- **Alabarces**  
*Peligro de Gol - Estudios sobre deporte y sociedad en América Latina*
- **de la Garza**  
*Los retos teóricos de los estudios del trabajo hacia el siglo XXI*
- **Torres Ribeiro**  
*Repensando a experiência urbana da América Latina: questões, conceitos e valores*
- **Strasser**  
*Democracia & Desigualdad - Sobre la “democracia real” a fines del siglo xx*
- **Lander**  
*La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*
- **Costa Lima y Almeida Medeiros**  
*O Mercosul no limiar do século XXI*
- **Sader y Gentili**  
*La trama del neoliberalismo*
- **Boron**  
*La filosofía política clásica - De la Antigüedad al Renacimiento*
- **Boron**  
*La filosofía política moderna - De Hobbes a Marx*
- **Boron, Gambina y Minsburg**  
*Tiempos Violentos - Neoliberalismo, globalización y desigualdad en América Latina*
- **Boron**  
*Teoría y Filosofía Política - La tradición clásica y las nuevas fronteras*
- **Observatorio Social de América Latina / OSAL**  
*Revista sobre conflictos sociales en América Latina*  
*Ejemplares desde junio de 2000 hasta enero de 2002*